

ra; la paloma significa la sencillez, y la tórtola la castidad. La azucena quiere decir inocencia; la rosa, martirio, etc.»

Se ve que el lenguaje de las flores, esa graciosa manifestación del sentimiento de la naturaleza, no es una invención moderna. Es que, en el fondo, el simbolismo responde tal vez á una necesidad de nuestras facultades morales. No es una institución facticia. Corresponde á un instinto. Lo encontramos en todas las épocas, desde Salomón, que llamaba á las aves de todos los confines de la tierra para dar sombra, entrelazando sus alas, á los caminos que iban á parar á su templo; desde Cristo, que proponía á sus discípulos, como modelo de la vida perfecta el pajarillo, — el pajarillo que no tiene graneros y canta sin cesar; desde Azzar Eddin y Mocadessi, que nos presentan como el símbolo de la presciencia divina la abubilla « que comprende la marcha de la nube, el fulgor del espejismo y el matiz de la niebla », que lleva de Saba á Salomón noticias ignoradas de todos los sabios, hasta los caprichos ingeniosos de la *ornitología pasional*, y hasta Granville y Kaulbach.

« El águila, dice Ch. Fourier, imagen de los reyes, sólo tiene un copete insignificante y casi imperceptible, en señal del temor que domina el espíritu de los monarcas. El faisán retrata al marido celoso: por eso se ven brotar de la cabeza del faisán plumas que parecen huir en todas direcciones, lo cual es símbolo del temor. En el copete de la paloma, audazmente erguido, se observa la dirección contraria, que pinta al amante seguro de ser amado. La cresta del gallo es el emblema del hombre del gran mundo, del Don Juan afortunado; pero como las analogías sólo son interesantes por la oposición de los contrastes, hay que poner al lado del gallo el tipo opuesto ó sea el pato, emblema del marido embrujado, que sólo ve por los ojos de su mujer. La naturaleza, al imponer al pato un grito apagado y ronco, representa á los maridos dóciles, que no tienen derecho á replicar cuando su mujer ha hablado. Por eso, cuando el pato quiere hacer la corte á su chillona hembra, se presenta humildemente haciendo inflexiones de cabeza y de rodillas, como un marido sumiso pero feliz y lleno de ilusiones; por eso brillan en la cabeza del pato verdes destellos, que son del color de la ilusión. »

Esta página apenas resulta caricaturesca, si se compara con nuestros antiguos tratados de la simbólica cristiana, en que Dios padre se halla representado en forma de pelicano.

« La paloma, — dice Hugo de Saint-Victor — es la Iglesia: el pico de la paloma, dividido en dos partes, es emblema de la predicación que separa los granos de cebada de los de trigo, es decir las máximas del antiguo Testamento de las del Nuevo. Tiene dos ojos: con uno se apodera del sentido moral, y con el otro del místico. Con el ojo derecho se contempla á sí misma, y con el izquierdo contempla á Dios..... Los rojos pies de la paloma son los de la Iglesia misma que recorre toda la extensión del mundo; y en este color rojo se halla figurada la sangre derramada por los mártires..... El resto del cuerpo presenta colores cambiantes y variables: imagen de las perturbaciones del alma, presa de las pasiones. »

Son éstas, comparaciones sutiles, ingeniosas ó cándidas, relaciones inesperadas y asimilaciones lejanas; representan un trabajo muy complicado hecho á conciencia y candorosamente, que haría sonreír si no se pensase en que resumen las ideas de una época acerca de todo lo que puede preocupar el pensamiento humano: la religión, la filosofía, la ciencia y el arte.

Triste pájaro es el buho, el *nycticorax*, el ave que « aborrece el día », y que simboliza á los gentiles, « que no quisieron mirar á Dios, que es el verdadero sol ». El león « de robusto pecho, y de débil grupa », simboliza á Cristo, fuerte por su naturaleza divina y débil por su naturaleza humana. También se halla simbolizado Cristo por el ciervo: « El ciervo va á los sitios donde vive la culebra, que le teme mucho y le odia de muerte. Vierte á la entrada de su agujero el agua con que se llenó la boca, y la fuerza de su aliento atrae á la culebra á pesar suyo; luego la pisotea y la devora. Del mismo modo hace salir Cristo al diablo del infierno y le doma. »

El zorro es Satanás, cuyas astucias hay que temer.

Con frecuencia habéis oído contar que el zorro acostumbra vagabundear y vivir de hurtos y trampas. Cuando el hambre le aprieta, se va á un sitio donde haya tierra roja y allí se revuelca hasta que parece enteramente ensangrentado. Luego va á tenderse lindamente en un sitio descubierto, contiene el aliento, saca la lengua y de este modo engaña á las aves, que viéndole de aquel modo, le creen muerto. Así hace Satanás para engañar á los hombres.

También representan á Satanás, en los contrafuertes de las catedrales góticas, numerosos dragones. Satanás es la serpiente del Apocalipsis, eterno seductor del mundo, ser maligno, que tiene alas de ave de presa como símbolo del orgullo, ó alas de palmípeda, cuya flaca impotencia, disimulada bajo un vigor aparente, recuerda la hipocresía y la caída del demonio.

En la época más floreciente de la edad hierática, hubo como una furia de simbolismo, contra la que tuvieron que protestar los preladados mismos. « ¡Cómo, exclama San Bernardo (1091-1153), qué ridícula monstruosidad! ¡Qué elegancia maravillosamente deforme! ¡Qué deformidades elegantes! ¿Á qué nos vienen con esos monos inmundos, con esos leones furiosos, con esos monstruosos centauros, con esos tigres de manchada piel, con esos cuadrúpedos de cola de serpiente, y esos peces de cola de cuadrúpedo? »

Se ve en esto un caso notable de la influencia de la literatura en las artes, que fueron la interpretación de los textos, la traducción de los tratados, la imagen concreta de las enciclopedias y la expresión enérgica de las ideas y de la filosofía.

Es una imagen hasta tal punto grandiosa y bella, que preferimos buscar hoy y leer el pensamiento de los escritores medianos en su

expresión artística. Con mucha menos ciencia que el Sr. Mâle, el novelista Huysmans ha sorprendido y notado esta impresión, y ha sabido animar con su hermosa poesía, la ingente masa de la Catedral :

Surgía como un árbol frondoso cuya raíz se hundía en el suelo mismo de la Biblia; en efecto, allí iba á buscar su substancia y de allí sacaba su savia; el tronco era el símbolo de las escrituras, la prefiguración de los Evangelios por el Antiguo Testamento; las ramas, las alegorías de la arquitectura, de los colores, de las gemas, de la fauna, de la flora, los jeroglíficos; los números eran los emblemas de los objetos y de las vestiduras de la Iglesia; un ramito representaba los olores litúrgicos, y una ramilla, seca desde su nacimiento y casi muerta, el baile.

Porque se ha simbolizado todo, hasta el baile. En la catedral todo habla : el número de pilares, la forma del plano general, los colores de las vidrieras, las piedras del edificio, las esculturas de bestias y de flores; la Iglesia tiene su lenguaje de las flores, como Jenny la obrera, que examina su ramillete simbólico de misteriosas interpretaciones que se ocultan bajo los pétalos de oro.

Granville compuso, con arreglo á este estilo, la siguiente carta de una Ariana á su amante infiel :

« Estoy llena de aloe sucotrina (es decir de amargura) y de balsamina (es decir de impaciencia); necesito una cañacora (una cita). Tengo el ojaranzo que es una buglosa, (tengo la esperanza, que es una mentira); venga usted á escorzonera amarillo en punto (es decir á las dos).

Las tentativas curiosas de la escuela poética que se intituló modestamente, hace algunos años, la Escuela Evolutivo instrumentista, acabarían de comprobar que el simbolismo no es una moda del día, sino que es inherente á nuestro espíritu nacional y popular.

No debemos pues sorprendernos de encontrar, por donde quiera que han pasado las generaciones, la alegoría y el signo.

¡ Cuántos extraños símbolos se recogerían en todas partes : aquí cocodrilos, acullá personajes, vírgenes multicolores y Cristos variados ! ¡ Qué colección tan extraña se podría formar con los Cristos de todos los países ! Hay un calvario en la iglesia de Conches (Eure) con el siguiente detalle : del brazo derecho de la cruz pende un hombre, un judío, que se agarra á ella con pies y manos, con la intención evidente de aumentar con su peso los sufrimientos de Cristo, mientras que, por el contrario, María Magdalena sostiene el otro brazo para aligerar la carga. ¿ Y el Cristo de Malinas, vestido con una larga túnica ceñida á la cintura, con el rostro horriblemente demacrado y la frente adornada con un extraño casquete ?

Existe en Beauvais, en la iglesia de San Esteban, una singularidad de otra especie : el crucifijo de santa Milforta, que data del siglo xy. La

santa, de tamaño natural, se halla representada enclavada en la cruz como un Cristo. El escultor ha figurado perfectamente una mujer en cuanto al seno, pero la ha dotado de una barba majestuosa. En esto no había nunca capricho, sino una lección. El arte hablaba á los ojos y mucho más á las almas. Las piedras y el mármol ensalzaban la gloria de Dios.

Tras el símbolo hay que distinguir sin cesar la enseñanza. Jamás fué más grave y constante la preocupación de edificar á los fieles. Artes y letras eran dos formas de la predicación, y el espíritu no inventó nada, que no tuviese por objeto orientar la sociedad hacia un ideal más puro y más elevado.

Todo servía para moralizar : zoología, mineralogía, cómputo, caza y gramática. Nuestros poetas simbolistas no inventaron nada, y antes de Rimbaldo, había conocido el siglo xii *La Significación del ABC*, en que cada letra tiene un sentido, como, por ejemplo, la letra A, que se pronuncia con la boca abierta y que representa á los prelados avaros y ávidos. Se sacaban lecciones de moral de los autores paganos, como Ovidio y Vegecio. Los dos tratados edificantes más antiguos de este género son de Felipe de Thaun, que datan de principios del siglo xii, el *Cómputo* y el *Bestiario*, que es el manual más extraordinario de historia natural, en que brillan casi por igual la fantasía, la ingeniosidad, la puerilidad y á veces la poesía.

La significación de las piedras se halla en las traducciones del lapidario de Marbodio, obispo de Rennes. El siglo xiii se mostró más fecundo en este género de literatura y dió á luz gran número de *Imágenes del Mundo*, *Espejos del Mundo*, *Lumbreras de los Seglares*. La más célebre de estas enciclopedias es el *Libro del Tesoro*¹, de Bruneto Latino (1220-1294), natural de Florencia, maestro de Dante, el cual prefirió para su libro el francés al italiano, como un homenaje que debemos tener en gran estima : « Esta habla, dice, es más deleitosa. » Agréguese el tratado de Felipe de Hovara, *De las cuatro épocas de la edad del hombre*, hacia 1250; la *Biblia*, de Guyot de Provins, espejo de la sociedad hecho para « pintarla y estimularla », y el *Besante de Dios*, de Guillermo, clérigo de Normandía, uno de los poemas morales más hermosos de aquella época.

Clérigos, predicadores y sermonarios se nutrían con todas estas enseñanzas ingeniosas para nutrir á su vez al pueblo, al que se predicaba con frecuencia en latín, á veces en lengua vulgar, y á veces, por último, en una jerga mezclada de ambos, una pepitoria de latín y francés, ó sea en latín macarrónico :

1. Desde muy temprano corrió en España una traducción del *libro del Tesoro*, que se atribuyó falsamente á Alfonso el Sabio. (N. del T.)

« Intravi en ton hôtel, dit Jésus-Christ à Simon, j'avais les pieds tout emboués. Eram totus calefactus et tout las, quando intravi en ton hôtel neque fecisti tantum que tu me frotasses mon chief d'un peu d'huile, etc. »¹

Desde 813, habían recomendado los sínodos que se predicase en lengua romana rústica. Ha llegado hasta nosotros un sermón del siglo x acerca de Jonás, en latín macarrónico. El primer gran orador sagrado fué San Bernardo en el siglo xii. Se conservan 84 sermones suyos en francés, pero es difícil decir si son textos originales ó traducciones hechas de sus sermones latinos. Se nota gran vehemencia y vigor en su improvisación popular, dicese que « ladraba » sus sermones; éstos reproducen los caprichos y las comparaciones imprevistas que eran entonces de moda y que enseñaba la simbólica. Goliath es el orgullo; David, la longanimidad de Dios; las cinco piedras que tiró David, son las cinco palabras de Dios: una de amenaza, una de promesa, una de amor, una de imitación y una de adoración. Los 86 sermones sobre el Cántico de los Cánticos son muy hermosos, y Mabillon pudo llamarlos: « Un manantial de castas delicias para las almas piadosas. »

Mauricio de Sully, Odón de Cambrai, Marbodio de Rennes, Hugo de Saint-Victor y Pedro Comestor precedieron al período más rico en predicación que vió nacer las dos grandes órdenes de hermanos mendicantes: franciscanos y dominicos. San Francisco de Asís y Santo Domingo dieron el ejemplo de este apostolado popular, y los hermanos mendicantes, menores y predicadores, recorrieron el país descalzos y con una cuerda á la cintura, sembrando al aire libre el maná de la buena palabra, sin aspirar aún á la erudición y sutileza escolástica de sus sucesores, San Antonio de Padua, san Buenaventura, santo Tomás de Aquino y Alberto el Grande ó Helinando, monje de Froidmont.

No abandonemos el siglo xiii sin citar entre los predicadores á Roberto de Sorbón, á Pedro de Limoges y á Esteban de Langton (muerto en 1228) que tomó un día como texto de su sermón estos versos:

Belle Alix matin se leva,
Son corps vétit et para,
En un verger elle entra,
Cinq fleurettes y trouva².

1. Entré en tu casa, dijo Jesucristo á Simón, con los pies llenos de lodo. Me hallaba abrumado por el cansancio, cuando entré en tu morada, y ni siquiera me ungiste la cabeza con un poco de aceite, etc.

2. Despertó la bella Alicia,
Vistióse y se engalanó.
Entró luego en un vergel
Y cinco flores halló, etc.

Esto era también frecuente en España, y el abuso y el desorden fueron tales, que dieron lugar á que más tarde escribiese el P. Isla su célebre *Fray Gerundio* (N. del T.).

Esta mezcla de lo profano y lo sagrado, de lo grave y de lo idílico, era constante, y nadie se admiraba del comentario piadoso de un romance galante interpretado en honor de la Virgen.

Foulques de Neuilly inflamaba á las muchedumbres, que desgarraban su hábito, para conservar los pedazos; tenía que defenderse á palos de sus admiradores y éstos se lamian la sangre que corría de las heridas que él les hacía, como si fuera un bálsamo azucarado. Un día, viéndose asaltado por admiradores demasiado expansivos, les gritó Foulques:

— Mi hábito no es sagrado, pero bendigo el traje de ese hombre.

Inmediatamente sus fervientes admiradores se desviaron de él, dejándole tranquilo, é hicieron trizas el traje del inofensivo oyente que, sin quererlo, se había convertido en relicario de milagros.

Existían colecciones de sermones, donde estaban previstos todos los casos y todos los asuntos. En el siglo xiii su carácter se había hecho tan familiar que á veces rayaba en grosería. Hubo predicador que comparó « la sangre de Cristo inflamada por el ardor de su amor » á la lejía que « quita mejor y más rápidamente las manchas cuando está caliente que cuando está fría ». Otro comparaba el crucifijo á un hermoso espejo que una mujer coloca en su alcoba, ante el cual se viste y se lava, y que limpia, cuando está algo sucio, escupiendo encima; el crucifijo, que es el espejo del mundo, ha quedado tan bien lavado por la saliva de los judíos, que se halla perfectamente puro. Un tercero compara á nuestro Señor con un médico que examina los orines de los enfermos y ordena sangrías; otro compara á los apóstoles y á los mártires que corrían á la muerte con los « lamedores », *lecatores*, que acuden « á la cuba donde fermenta el vino dulce ». Por último, otro compara á las personas que van á confesarse rara vez « á esos puercos que, cuando llega el frío, no quieren quitarse la camisa sucia y prefieren dormir con su inmundicia, mientras que los niños buenos y prudentes cambian de ropa blanca cada quince días ». (Piaget).

Para un Gersón, que fué familiar sin vulgaridad en sus sermones (predicados de 1389 á 1397), ¡cuántos otros nos sorprenden hoy por lo imprevisto de su elocuencia! Gersón, en un sermón de la Ascensión, en otro de la Purificación de Nuestra Señora (de un simbolismo extraordinariamente minucioso), y en otros sobre los Pecados Capitales, ó sobre la vergonzosa lujuria, se expresa con admirable acento de nobleza, de ternura y de elocuencia, que no pueden compararse con lo que dijeron después los predicadores del siglo xv.

Un día, hacia 1470, predicando en Brujas el P. Maillard (1440-1502), en presencia de Felipe el Hermoso, archiduque de Austria, exclamaba de esta suerte:

¿Por quién empezaré? Por los que están bajo ese dosel, por el Príncipe y la Princesa¹. Os aseguro, señor, que no basta ser buen hombre sino que hay que ser buen príncipe; hay que hacer justicia, hay que atender á que vuestros súbditos se gobiernen bien. Y vos, señora Princesa, no basta que seáis buena mujer, es preciso que cuidéis de vuestra familia á fin de que sea dirigida conforme á derecho y á razón. Lo mismo digo á todos los demás, cualquiera que sea su estado. ¿Los que están encargados de la justicia deben obrar con todos conforme á razón y derecho! ¿Están aquí presentes los oficiales de la panadería, de la repostería y de la bodega? ¿Dónde están los tesoreros que hacen al mismo tiempo su negocio y el de sus amos? ¿Oíd! Al buen entendedor con media palabra le basta. Damas de la corte, hay que renunciar á vuestros enredos amorosos; no hay más remedio. Y vos, joven libertino, el de bonete rojo, dejad esas miradas y ese descaro. Y no hay que reirse de lo que digo. Mujeres todas, cualquiera que sea vuestra condición, burguesas ó comerciantas, hay que abandonar el servicio del diablo y guardar los mandamientos de Dios. ¿Hay que elevar el espíritu! ¿Qué decís á esto, señores? ¿Estáis de parte de Dios? ¿Lo estáis vosotros, Príncipe y Princesa? ¡Bajad la frente! ¿Lo estáis vosotros, altos magistrados? ¡Bajad la frente! ¿Y vosotros, caballeros de la orden? ¡Bajad la frente! ¡Y vosotros jóvenes libertinos! ¡Bajad la frente! ¿Y vosotras, jóvenes garzas, finas hembras de corte? ¡Bajad la frente! ¡Estáis inscritas en el libro de los condenados y tenéis preparada vuestra morada entre los diablos! Decidme ¿os habéis mirado, lavado y limpiado hoy bien? — ¡Sí por cierto, hermano! ¡Ojalá hubiérais hecho lo mismo con vuestras almas!

Tal era el tono extraño y los modales más extraños aun de los predicadores del siglo xv². Interpelaban al auditorio, le registraban, le cepillaban, le azotaban, le molían á golpes y predicaban con palabras injuriosas. La inconveniencia de sus términos es tal que nos es muy difícil citarlos por entero. La siguiente página contra el uso de los cabellos postizos no carece de energía ni de colorido:

Mujeres vanas y pomposas, en castigo del excesivo adorno que ponéis en vuestros cabellos y del disfraz de vuestras pelucas ¿sabéis lo que os sucederá en los infiernos? Os raparán la cabeza y allí no se verán esas pelucas que parecen monumentos sobre vuestras frentes adornadas de perlas. Y para castigo de vuestro demasiado lujo en el vestir, en el infierno andaréis desnudas para vuestra mayor vergüenza y confusión, lo cual dará mucho que reir á los diablos. ¡Oh mujeres! ¡Oh doncellas! ¡Oh viudas melindrosas! ¿Por qué no pensáis en esto? ¡Ay de mí! os mostráis tan vergonzosas en vuestros salones y teméis tanto la vergüenza, que por nada del mundo con-

1. Esta princesa era Doña Juana la Loca, hija de los reyes católicos. (N. del T.)

2. En España no debía andar mejor por esta época la predicación evangélica, á juzgar por las diatribas que dirigían á todo el clero el Arcipreste de Hita y el grave canceller Lopez de Avala. Júzguese por estos dos versos del *Rimado de Palacio*:

¿Cuales ministros tiene el que por nos murió!
Vergüenza es decirlo quien esta cosa vió.

(N. del T.)

sentiríais en que un hombre os viese desnudas una sola vez; y sin embargo no pensáis que, en castigo de vuestras vanidades y de vuestras pelucas, seréis paseadas mil y mil veces por todo el infierno, no delante de un hombre, sino delante de cien mil que se reirán y se burlarán de vosotras á casquillo quitado. Y se verá todo lo que ha habido de vergonzoso en vosotras, y los diablos tocarán la trompeta gritando: « ¡Ahí tenéis! ¡ahí tenéis á la.....! » Allí te conocerán cien mil y cien mil; allí estará tu padre, tu madre, tu marido y todos tus vecinos que se divertirán diciéndose uno á otro: « ¡Miren! ¡miren la.....! ¡Á ella! ¡Furias infernales, pague en suplicios y tormentos sus placeres mundanos! ¡Mujeres, no soy yo quien digo esto, es san Juan Evangelista el que lo afirma como verdadero en su Apocalipsis. »

El siglo xv fué también la época más extraña en la historia de la elocuencia sagrada. Un día se detuvo el predicador en medio de su sermón, se acurrucó en el púlpito, desapareció, volvió á reaparecer al cabo de un instante, y exclamó:

— ¿Sabéis de dónde vengo? ¡Vengo del Infierno y he aquí lo que he visto!

Después llenó de espanto á sus oyentes con la descripción de los tormentos que les aguardaban, si pecaban.

Otro predicador presenta el ejemplo de un Padre Nuestro mal rezado por un sacerdote muy distraído:

Padre nuestro que estás en los cielos; *Palafrenero, prepara mi caballo para ir á la ciudad*; santificado sea el tu nombre; *Catalina, pon la carne en la lumbre*; el pan nuestro de cada día dánosle hoy; *Oxea al gato para que no vaya al queso*; perdónanos nuestras deudas; *da cebada al caballo*.

En cuanto á Miguel Menot, cuando nos muestra á María Magdalena « colorada y retozona » poniéndose « ya de camisas ya de *ceteris indumentis* los trajes más disolutos y perfumados » para ir á enseñar « su lindo hociquito » al Redentor, no predica sino hace una parodia; es el « sainete » de la elocuencia sagrada.

Todas estas obras no tienen gran mérito literario, pero sirven de documentos por su misma familiaridad y por sus alusiones determinadas á los quehaceres más ordinarios de la vida común. En resumen, estos sermones tienen para nosotros hoy el mismo carácter y la misma utilidad que los *fabliaux*.